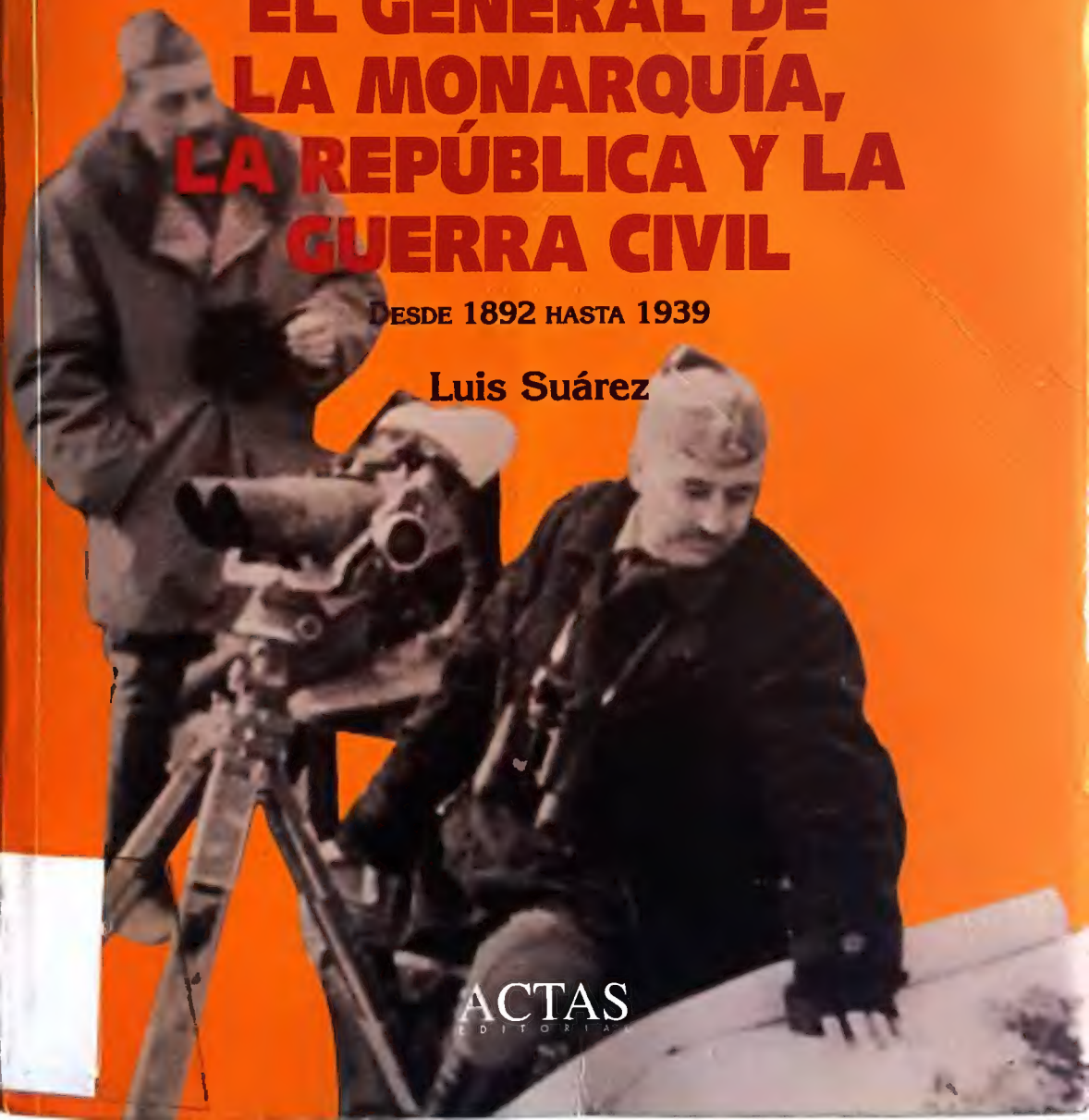
FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL

DESDE 1892 HASTA 1939

Luis Suárez



ACTAS
EDITORIAL

Luis Suárez Fernández, nacido en Gijón en 1924 es, en la actualidad, profesor emérito en la Universidad Autonoma de Madrid, miembro de número de la Real Academia de la Historia, de mérito de la de Portugal y correspondiente de la de Buenas Letras de Barcelona y de varias de Hispanoamérica. También ha dirigido la Escuela del CSIC en Roma. Aunque es conocido especialmente por sus trabajos sobre Baja Edad Media, en especial la época de los Reyes Católicos, su interés es polifacético: comenzó sus investigaciones en el siglo XVII, ha escrito libros sobre Roma y el Oriente Antiguo, los judíos y las interpretaciones de la Historia y también diez volúmenes sobre diversos aspectos de la vida y obra de Franco.

FRANCO

CRÓNICA DE UN TIEMPO

Plan general de la obra:

1. El general de la Monarquía, la República y la Guerra Civil *(desde 1892 hasta 1939).*
2. España, Franco y la Segunda Guerra Mundial *(desde 1939 hasta 1945).*
3. La victoria frente al bloqueo *(desde 1945 a 1953).*
4. Los proyectos para una doble estabilización *(desde 1953 a 1961).*
5. Resistencia a la subversion *(de 1961 a 1967).*
6. El camino de tránsito hacia la Monarquía *(desde 1967 hasta 1975).*

Índices.

Luis Suárez va desgranando en las páginas de este libro los hechos a través de la documentación de que disponemos, sin juicios de valor ni interpretaciones, como corresponde al oficio de historiador, para ofrecer al lector las claves necesarias –África, la Dictadura de Primo de Rivera, la caída de la Monarquía, la República, las reformas de Azaña, la Revolución de 1934, el ascenso de los totalitarismos, el Frente Popular, etc.– para conocer y entender los acontecimientos y circunstancias que habrían de conformar la personalidad y el pensamiento del Generalísimo, que partiendo del desastre del 98, que Franco contemplaría con 5 años y en el seno de una familia tradicionalmente de marinos, habrían de desembarcar en el alzamiento de julio de 1936 y darían lugar al cruel enfrentamiento de las dos Españas que duró dos años y medio y que abrieron paso a un Estado nuevo: el Régimen de Franco.

FRANCO:
CRÓNICA DE UN TIEMPO

EL GENERAL DE LA MONARQUÍA, LA REPÚBLICA Y LA GUERRA CIVIL
Desde 1892 hasta 1939

ÍNDICE

Página

Nota previa 13
Introducción general. Franco, crónica de un tiempo 15

PRIMERA PARTE
FRANCO, GENERAL PARA LA MONARQUÍA Y LA REPÚBLICA

Capítulo 1. La adolescencia del niño que quiso ser marino 49
I. El linaje de Franco 49
II. España en el tránsito del siglo XIX al XX 54
III. Divisiones ideológicas 59
IV. 1898 63
V. La aparición de los separatismos 68

Capítulo 2. La llamada de África 74
I. Origen de la cuestión marroquí 74
II. La Academia de Infantería 77
III. La Semana Trágica de Barcelona 78
IV. El segundo teniente 83
V. Marruecos, al fin 85
VI. El teniente de Regulares 88
VII. Ascenso a capitán. La grave herida de *El Biutz* 91

Capítulo 3. 1917 95
I. Oviedo 95
II. Trasfondos doctrinales 98
III. Los mecanismos de la revuelta 101
IV. El comandante Franco y la revolución 108

Capítulo 4. Diario de una bandera 112
I. La primera idea de la Legión 112
II. Dar Riffien 117
III. De Uad Lau a Xauen 121
IV. Annual 125
V. Dar Drius 127

Capítulo 5. El camino de Alhucemas 131
I. El fin de la Restauración 131
II. Franco, al frente de la Legión 135
III. El enfrentamiento con Primo de Rivera 140

IV. La hora sombría de Xauen 143
V. Alhucemas 147

Capítulo 6. La Academia General de Zaragoza 154
I. El general más joven de Europa 154
II. El nombramiento de director de la Academia 158
III. El fin de la Dictadura 163
IV. El «error Berenguer» 167

Capítulo 7. 1931 173
I. Franco y el 14 de abril 173
II. Antimilitarismo 178
III. Anticlericalismo 182
IV. Cierre de la Academia General 188

Capítulo 8. El día en qne España dejó de ser católica 191
I. La declaración ante el comité del Congreso 191
II. La Constitución de 1931 195
III. Franco y el pronunciamiento de Sanjurjo 202
IV. La Comandancia General de Baleares 208

Capítulo 9. Franco se alinea en el anticomunismo 213
I. El joven orador del teatro de La Comedia 213
II. La doctrina falangista 218
III. Victoria electoral de la CEDA 222
IV. Ascenso a general de División 227

Capítulo 10. Franco y la Revolución de Octubre 233
I. Los preparativos del Golpe Socialista 233
II. La toma de decisión 236
III. Franco en el Ministerio de la Guerra 240
IV. Las consecuencias 245

Capítulo 11. Reorganizar el Ejército 249
I. La evolución falangista 249
II. Franco, jefe del Ejército de África 252
III. Franco, al frente del Estado Mayor 255
IV. El fin de Lerroux 261

Capítulo 12. La tentación resistida 265
I. Diciembre, 1935 265
II. Las opciones preelectorales 268
III. El resultado de la votación 273
IV. Cinco días de febrero 276

SEGUNDA PARTE
GENERALÍSIMO Y JEFE DE ESTADO

Capítulo 13. Los preparativos para el Alzamiento 285
I. El fin de Alcalá Zamora 285
II. La candidatura por Cuenca 290
III. Los antecedentes de la conspiración 294

Capítulo 14. De Canarias a Marruecos. El vuelo del Dragón 301
I. La carta a Casares Quiroga 301
II. Los argumentos jurídicos encontrados 307
III. Galicia saluda a Francia 313
IV. Sin novedad en Marruecos, mi general 315

Capítulo 15. Internacionalización del conflicto 320
I. Cuatro días de julio 320
II. Equilibrio de fuerzas 327
III. La búsqueda de mercados 330
IV. El «pecado original» de Franco 335
V. La posición ideológica inicial de Franco 339

Capítulo 16. Cruzar el Estrecho 343
I. La firme decisión 343
II. Por aire y por mar 345
III. Los barcos que la cruzaron 349
IV. De Sevilla a Talavera 352

Capítulo 17. La elección de Franco para la Jefatura del Estado 361
I. La actitud de la Iglesia ante el Alzamiento 361
II. La caída de Talavera produce cambios 366
III. Hora de decisiones 371
IV. El Decreto 375
V. Investidura burgalesa: el Caudillo 380

Capítulo 18. Los cambios políticos internos 385
I. El ascenso de los totalitarios 385
II. Salamanca, Cuartel General 388
III. Salvar a José Antonio 392
IV. La difícil cuestión vasca 399
V. Don Miguel de Unamuno 403

Capítulo 19. Madrid: La batalla perdida 408
I. El proyecto de No Intervención 408
II. La marcha sobre Madrid 412
III. El asalto a Madrid 417

Capítulo 20. Reconocimiento oficial de Alemania e Italia 423
I. La idea de enviar «voluntarios» 423
II. La muerte de José Antonio 426
III. El acuerdo hispano-italiano 429
IV. Batallas en torno a Madrid 432
V. Las gestiones del doctor Junod 437

Capítulo 21. Del altar y del trono 441
I. La actitud inicial del Vaticano 441
II. Las primeras gestiones de Gomá 445
III. Masonería 448
IV. Perspectivas de restauración 450
V. De nuevo el Comité de No Intervención 454

Capítulo 22. Guadalajara no fue Abisinia 456
I. CTV. Corpo di truppe volontaire 456
II. Guadalajara: un objetivo muy preciso 458
III. De nuevo la No Intervención 462

Capítulo 23. Un largo camino hacia la unidad política 466
I. Rumores salmantinos 466
II. *Mit brennender Sorge* 470
III. El Decreto comienza a gestarse 474
IV. Tres noches de abril 477
V. Prisión de Manuel Hedilla 482
VI. Proceso y sentencia 485

Capítulo 24. Las claves de una polémica: El Vaticano, los vascos, Guernica 491
I. Los voluntarios vasco-navarros 491
II. La Cuaresma de España 495
III. La ruptura del frente de Vizcaya 500
IV. El bombardeo de Guernica 503
V. Las concesiones de Franco 506
VI. Gomá y Pizzardo 510

Capítulo 25. Bilbao: el gran cambio 513
I. Los obispos deben pronunciarse 513
II. Cambio de Gobierno en Valencia y muerte de Mola 515
III. Incidentes internacionales 519
IV. Al fin, Bilbao 522
V. El Vaticano reconoce a Franco 526

Capítulo 26. La decisión de Brunete 534
I. Eliminación del POUM 534
II. *Animal Farm* 536
III. ¿Victoria o derrota? 539

IV. La consecuencia: Santander 542
V. Belchite 545
VI. El final del frente Norte 547

Capítulo 27. Construir el Movimiento 550
I. Eliminación de la democracia inorgánica 550
II. El anuncio de la Monarquía 553
III. Los Estatutos del Movimiento 557
IV. Las dificultades internas 561

Capítulo 28. Minas, submarinos, aviones: la fuente de conflicto con el III Reich 566
I. ¿Beligerancia? 566
II. La conferencia de Nyon 569
III. Alemania presenta sus demandas 572
IV. El proyecto Montana 575

Capítulo 29. Primer ensayo de ruptura con la Hisma 580
I. Consejo Nacional del Movimiento 580
II. Vicente Rojo conquista Teruel 585
III. En las horas bajas 589
IV. La ruptura con la Hisma 591

Capítnlo 30. Institucionalizar la Dictadura 594
I. El Consejo de Ministros 594
II. Las primeras acciones del Consejo 597
III. El crecimiento de Serrano Suñer 601
IV. Las muy delicadas negociaciones con el Vaticano 605
V. El fracaso de Manuel Irujo 609

Capítnlo 31. Mare Nostrum 613
I. La decisión de febrero 613
II. El Fuero del Trabajo 616
III. Primeros pasos hacia una guerra general 620
IV. La batalla de Aragón 622

Capítulo 32. Final del Proyecto Montana 627
I. Las decisiones de Negrín 627
II. Dirigismo estatal deliberado 630
III. De nuevo el freno en los avances 634
IV. Las directrices políticas del conde de Jordana 637
V. La ley de Minas 643

Capítulo 33. Las aguas del Ebro no pasaron por Munich 646
I. Los planteamientos militares 646
II. El estancamiento 650
III. La crisis sudete 653
IV. La victoria en el Ebro 658

Capítulo 34. Barcelona 662
I. Secuelas diplomáticas de Munich 662
II. Los últimos esfuerzos de paz 666
III. El avance hasta Barcelona 669
IV. El final del Régimen Republicano 675

Capítulo 35. ...Y, al final, Madrid 678
I. Franco se adhiere al Pacto Antikomintern 678
II. Proyectos para una capitulación 681
III. Los cuatro días de marzo 688
IV. La liquidación de la guerra 690

Notas
Notas al Capítulo 1 694
Notas al Capítulo 2 697
Notas al Capítulo 3 701
Notas al Capítulo 4 703
Notas al Capítulo 5 705
Notas al Capítulo 6 708
Notas al Capítulo 7 709
Notas al Capítulo 8 713
Notas al Capítulo 9 716
Notas al Capítulo 10 719
Notas al Capítulo 11 721
Notas al Capítulo 12 723
Notas al Capítulo 13 725
Notas al Capítulo 14 729
Notas al Capítulo 15 732
Notas al Capítulo 16 736
Notas al Capítulo 17 739
Notas al Capítulo 18 743
Notas al Capítulo 19 747
Notas al Capítulo 20 749
Notas al Capítulo 21 751
Notas al Capítulo 22 753
Notas al Capítulo 23 755
Notas al Capítulo 24 760
Notas al Capítulo 25 764
Notas al Capítulo 26 768
Notas al Capítulo 27 769
Notas al Capítulo 28 771
Notas al Capítulo 29 773
Notas al Capítulo 30 775
Notas al Capítulo 31 779
Notas al Capítulo 32 781
Notas al Capítulo 33 783
Notas al Capítulo 34 785
Notas al Capítulo 35 787

NOTA PREVIA.

Ignoro, al comenzar la que es ya tercera redacción de esta obra, si llegará un día a publicarse o si, dada mi edad, conseguiré concluirla. Ante todo quiero decir que he tenido en cuenta todas las observaciones que se me han hecho acerca del texto de mi primera edición. Insisto en algo que ya entonces dije y que me propongo mantener con más rigor todavía: escribo sin odios ni aficiones; no estoy en contra de nadie ni a favor de ninguno. Pero me mueve el propósito de cumplir un oficio de historiador que consiste en explicar los sucesos utilizando para ello también las opiniones de los protagonistas: esto es lo que ha chocado y seguirá chocando, me temo, con las actitudes de nuestros días. Al establecerse un criterio oficial –la época de Franco debe considerarse como suma de males sin mezcla de bien alguno– cualquiera que se empeñe en descubrirla como lo que fue, errores y aciertos, programa político sometido a criterios religiosos, en parte cumplido y en parte no, será inevitablemente juzgado como un defensor. Es bien sencillo: quien no condena e injuria, defiende y justifica.

Pero la época de Franco, que cubre casi cuarenta años, fue en sí misma grande, porque los acontecimientos que en ella se produjeron revistieron la grandeza de la guerra y la paz, el asedio exterior, el desarrollo económico y la búsqueda, al final fallida, de una estructura política duradera distinta del totalitarismo socialista o hegeliano y de la democracia liberal parlamentaria. Sólo es posible acceder a ella de modo satisfactorio a través de los documentos conservados. El autor ha podido consultar, mediante fotocopias, muchos de ellos, en especial los que el propio Generalísimo guardaba. El método aplicado es el más rigurosamente tradicional en la investigación histórica: dejar que los documentos y los testimonios hablen por sí mismos, huyendo de interpretaciones para evitar, en lo posible, el juicio previo, la formulación de opiniones y el recurso a las fuentes para apoyarlas y no para rectificarlas.

Franco hizo de la lucha contra el comunismo –en general contra el marxismo– y de la defensa de la Iglesia el eje fundamental de su existencia. Los documentos van a hablarnos de esa lucha. Pero evitaremos cuanto nos sea posible los calificativos. Todas las personas merecen ser tratadas con el mayor respeto: si alguna vez se desliza algo que no lo demuestre, debe atribuirse a la torpeza del autor, no a su intención. Se apreciarán numerosas lagunas, pero esto debe tomarse como incitativa a otros historiadores a fin de que puedan llenarlas. Que no lo hagan con opiniones, recuerdos o sentimientos sino con fuentes testimoniales objetivas, es lo que el autor desea y recomienda. Pasados ya casi veinticinco años desde la muerte de Francisco Franco, deberíamos contar con la serenidad suficiente para hacerlo así.

Este libro, largo, por exigencias del tema, no se presenta con pretensiones de obra definitiva. Provisional y muy provisional. Vamos a entrar en un mundo complejo y muy rico por sus dimensiones: al mismo tiempo que se despejarán incógnitas y se abrirán procesos, van a plantearse nuevas cuestiones a las que otros habrán de responder. Así es el conocimiento histórico. Su utilidad consiste precisamente en que permite explicar y, con ello, induce a los hombres a la reflexión.

L.S.F.

SEGUNDA PARTE

GENERALÍSIMO Y JEFE DEL ESTADO

CAPÍTULO 33

LAS AGUAS DEL EBRO NO PASARON POR MUNICH.

I. LOS PLANTEAMIENTOS MILITARES.

1. La batalla del Ebro –o de Gandesa, como prefieren algunos historiadores militares– fue la culminación de la Guerra Civil; durante meses la retaguardia en ambas zonas permaneció angustiada porque sabía que se estaban librando combates muy duros y que las bajas eran muy considerables. Muchos aspectos de la misma, de sus antecedentes y de las circunstancias que la rodearon, siguen siendo motivo de debate entre los especialistas, sobre todo, de Historia militar. Salas Larrazábal[1] y Alonso Baquer[2] están conformes en admitir que Franco cometió un error al llevar las operaciones de abril a julio al sur del Ebro, en vez de aprovechar las circunstancias que se habían planteado en Cataluña para romper el Segre y decidir la guerra en el Principado. Ahora bien, la carta de Franco a Dávila del 5 de octubre de 1937 no deja lugar a dudas de que este proyecto se hallaba en la mente del Generalísimo y que Rojo trató de impedir esa decisiva operación de ocupación de la frontera de Francia mediante su propia ofensiva invernal sobre Teruel. Fueron razones políticas, como hemos explicado con anterioridad, las que impulsaron a Franco a tomar una decisión que, desde el punto de vista militar era absolutamente incorrecta. La coincidencia entre la toma de Lérida y la larga entrevista con el almirante Canaris proporciona seguramente una explicación. Todos los protagonistas de la gran batalla han dejado memoria explicativa de su actitud. Franco, sin embargo, no nos brinda explicación alguna.

Para una mejor apreciación de las circunstancias de la guerra hemos de considerar aquí que la gran batalla de 1938, iniciada tras la recuperación de Teruel –liquidación en suma del programa trazado por Vicente Rojo– se desarrolló en tres fases sucesivas: la de Aragón, éxito espectacular para Franco y sus generales; la de Levante, que comenzó con la llegada al mar pero terminó con el parón ante Valencia, causando muchas pérdidas; y la de Gandesa. En esta última, el error correspondió al Ejército Popular; tras un brillante comienzo, se vio embebido en una trampa mortal a la que, por razones de prestigio, no quiso escapar, dando así al mando nacional la

gran oportunidad que esperaba. Justamente a tiempo, cuando todos los indicios apuntaban a una conflagración europea en plazo no muy lejano, Franco destruyó el Ejército rojo y entonces, con facilidad suma, pudo adueñarse de Cataluña y liquidar la guerra. Consideraciones políticas han primado, por tanto, sobre las consideraciones militares; unas y otras deben ser tenidas en cuenta.

Desde el 15 de abril de 1938 Vicente Rojo estaba realizando una reorganización de sus fuerzas. Dispuso de tres meses para completarla pero ya el 29 de mayo pudo pasar nota a Negrín de que estaba en disposición de realizar una ofensiva en dirección norte sur, para tomar por la espalda las fuerzas que avanzaban sobre Valencia. Es muy probable que obedeciese únicamente a la necesidad de dar un respiro a Miaja, que encontraba cada vez más dificultades, en cuyo caso habría que incluir la operación entre las medidas defensivas. Rojo sabía que el sector verdaderamente vulnerable del dispositivo nacional estaba en Extremadura, donde se podía devolver el golpe partiendo en dos la zona del adversario. Franco lo sabía también; por eso autorizó a Queipo de Llano a la ofensiva en el valle de la Serena, que prácticamente imposibilitó cualquier acción a pesar de que, como tuvimos ocasión de exponer, los resultados no fueron espectaculares. A finales de mayo, con 250.000 hombres y 600 cañones agrupados en Cataluña, el Ejército de la República seguía adoleciendo de un defecto sustancial: carecía de superioridad aérea. Algo más de la mitad de dichas fuerzas fue lanzada a la batalla.

2. La operación de paso del Ebro en dirección sur fue estudiada durante meses y con mucho cuidado: las unidades reorganizadas, que recibieron nuevos reclutas y excelente material de origen checoslovaco, como no ignoraban los mandos nacionales y sus consejeros alemanes, fueron sometidas a entrenamiento muy completo[3] que abarcaba dos aspectos, el puramente militar y el político. Tras los desastres de aquella primavera la moral, muy alta entre los nacionales, era bajísima en el Ejército rojo. Por eso Vicente Rojo decidió confiar sobre todo en jefes comunistas,[4] pues el comunismo desempeñaba funciones de una verdadera religión. Uno de los errores más graves del mando republicano, consecuencia de esta decisión, fue probablemente el de emplear métodos de terror para frenar las deserciones e impedir los actos de cobardía.

Se ha dicho, también, que hubo un golpe de sorpresa, pero esto es bastante dudoso. Estaba encargado de la defensa de la zona el Cuerpo de Ejército Marroquí, a cuyo mando había vuelto Juan Yagüe el 4 de julio una vez cumplido el arresto que se le impusiera. Desde el primer momento advirtió que se estaban recogiendo noticias de los preparativos del adversario y también que la 50 División, que tenía a su cargo los 130 kilómetros del sector de Gandesa, era de las peor dotadas; tenía sólo seis ametralladoras por batallón y sus compañías no poseían ni siquiera la dotación ordinaria de fusiles ametralladores. Esto, unido al hecho de que se tratase de una agrupación improvisada con reclutas traídos de otras partes, ha hecho sospechar a Casas de la Vega que pudo tratarse incluso de una trampa puesta al enemigo.

La primera directriz conocida de Vicente Rojo (16 de julio) hablaba de establecer una cabeza de puente en Gandesa para atraer las reservas del enemigo e impedir a éste que siguiera atacando en Valencia. En los días siguientes, cuando las directrices se convirtieron en órdenes de maniobra, se completaron hasta desarrollarse en

tres fases: la primera consistente en alcanzar Fatarella, Venta de Camposines y la sierra de Pandols, muy adecuadas para constituir una línea defensiva muy sólida; la segunda debería proporcionar el dominio del río Canaleta hasta alcanzar Morella; y la tercera permitiría alcanzar el objetivo final de Vinaroz. Después se desplomaría el frente nacional. El paso del río, en tres puntos, se haría con 250 botes y una capacidad máxima de 2.500 hombres, y luego con pontones en número y calidad suficiente para el transporte de los carros y de la artillería. Durante días, Yagüe estuvo esperando que se produjera el ataque; fue peor el nerviosismo de la vigilia que la revelación del comienzo de la ofensiva.

Noche calmada y calurosa que precedía a la fiesta del Apóstol Santiago, aquella del 25 de julio de 1938. A las 0:15 de la madrugada, como figuraba en las instrucciones, los milicianos comenzaron a moverse en medio de un gran silencio. Utilizando como trampolín una isla a dos kilómetros de Mequinenza, cruzaron por Maella de la que se apoderaron sin sufrir bajas, haciendo centenares de prisioneros. Otra fuerza, la XXXI Brigada Internacional pasó por Fayón, puso en fuga las pequeñas guarniciones y alcanzó la sierra de Faltarella. Por el centro Modesto pudo apoderarse de Ascó, Ginestar y Benifallet. Los que, aguas abajo, cruzaron por Amposta, se enfrentaron a una resistencia muy firme y sufrieron bajas. Las cabezas de puente formadas al sur del río no consiguieron unirse. Prácticamente la 50 División se había desmantelado y una tercera parte de sus efectivos figuraba entre los prisioneros.

A las dos de la madrugada se recibieron en el Cuartel General de Salamanca noticias de lo que estaba ocurriendo. Con una rapidez sorprendente –lo que parece demostrar que la reacción estaba preparada de antemano– se cursaron desde las 2:15 órdenes para fijar el frente señalándose una línea, la de Monte Rey, Punta de Aliaga, Corbera y Villalba de los Arcos, que fue la que se utilizó al final y que colocaba a las tropas nacionales en posiciones dominantes respecto a los que habían cruzado el río. Hubo, probablemente, un imprevisto en los cálculos: a diferencia de lo que sucediera en Brunete y Belchite las guarniciones y sus reservas inmediatas resistieron mal. Algunos jefes se quejaron posteriormente de que no se habían atendido sus advertencias y carecían de medios adecuados.

Fue esta sensación de que las cosas podían ir muy mal la que provocó el nerviosismo de toda la jornada del 25 de julio en Salamanca. Algunos testigos dijeron, más tarde, que Franco expresó su intención de permitir al enemigo una penetración mayor, para mejor destruirlo luego, pero es probable que estos recuerdos es encuentren influidos por lo que después sucedió. La documentación conservada, que es abundante, no permite sin embargo establecer el momento en que el Generalísimo decidió que tenía que aprovechar esta oportunidad para aniquilar al Ejército que Vicente Rojo había conseguido poner en pie, y que no tenía relevo posible. Desde luego no parece que el día 25, cuando la situación mostraba tanta incertidumbre. Nombres gloriosos como Arapiles, San Quintín o Flandes, figuraban entre los regimientos que habían sido puestos en fuga o se defendían a duras penas. Sólo el coronel Coco, que había contenido a los que cruzaron por Campredó, pudo comunicar que iba a eliminar la bolsa aquel mismo día. Se cursaron órdenes para enviar cinco Divisiones de refuerzo, tomandolas de Levante y de Extremadura. También se ordenó abrir las compuertas del pantano de Baraona para provocar una riada que llevase por delante los pontones.

3. Al final de la jornada del 25 Vicente Rojo mostraba su satisfacción: todos los objetivos fijados para este día se habían alcanzado y los soldados de Líster estaban fortificando las sierras de Fatarella, Pandols y Caballs, como se les había ordenado. Comunicó a Negrín que se había logrado detener el avance sobre Valencia y que al día siguiente continuaría la operación. Los partes oficiales, como es costumbre, mintieron: el de los rojos exageraba el número de prisioneros; el de los nacionales hablaba de penetraciones insignificantes.

Los días 26 a 31 fueron de pugna fervorosa entre ambos bandos que demostraron igual dosis de valor y tenacidad. En esta crónica nos cumple hacer un poco de memoria, en secuencia de datos, de las operaciones:

- El día 26, mientras comenzaban a llegarle a Yagüe los refuerzos, el general Barrón se hizo cargo de la defensa de Gandesa y detuvo el avance enemigo. Coco cumplió su promesa y eliminó la cabeza de Campredó. Los rojos hicieron cruzar el río a muchos refuerzos aunque las dificultades por la crecida del río fueron muy grandes.
- El 27, Modesto ordenó a los suyos un esfuerzo para apoderarse de Gandesa. Los combates fueron durísimos, en especial en el Puig de Aliaga (cota 481, según los asépticos partes), y las pérdidas de ambos bandos muy elevadas. Pero Gandesa resistió.
- Día 28. Ante la imposibilidad de tomar Gandesa, Modesto dispuso una maniobra de envolvimiento de la ciudad por el norte. El río seguía subiendo porque nuevas presas se abrían, aguas arriba, haciendo difíciles las comunicaciones. Aunque los rojos consiguieron cortar la carretera de Gandesa a Cherta, como apenas hubo pérdida de terreno, Alonso Vega comunicó a Salamanca que lo peor había pasado y que podía pasarse a la segunda fase de operaciones.
- Día 29. Yagüe contaba ya con fuerzas suficientes para preparar una ofensiva. Sin embargo Modesto había conseguido pasar muchos más hombres y material. Por primera vez los aviones rojos intentaron disputar a sus adversarios el dominio del aire.
- Día 30. Modesto empleó todas las fuerzas que había llevado al otro lado del río en un fortísimo ataque. Barrón pasó por momentos de apuro muy serios, pero Gandesa resistió. Yagüe había tomado la precaución de poner allí sus mejores hombres que, al tiempo que combatían, estaban transformando la ciudad en un baluarte inexpugnable. En la noche de este día, Modesto reunió a sus subalternos y les dijo que era imprescindible tomar Gandesa; como no parecía posible hacerlo mediante asalto frontal, se procedería a rodearla.
- Día 31. Se emplearon 72 cañones, 22 tanques y 23 blindados en el ataque a Gandesa; pero en este día Alonso Vega pudo despejar la carretera de Tortosa asegurando los suministros a la plaza sitiada.
- Días 1 y 2 de agosto. Fueron los del máximo esfuerzo republicano pero tanto Gandesa como Villalba de los Arcos resistieron. En la orden del 3 de agosto, Juan Modesto disponía el paso a la defensiva.

Así terminó la primera fase de la batalla del Ebro. Tagüeña dice que las bajas

eran, en su bando, de más de nueve mil hombres, sin contar prisioneros. Los nacionales, de acuerdo con sus estadillos, perdieron 3.260, entre muertos y heridos, además de 1.626 prisioneros. Lo peor, en el Ejército popular, era la desmoralización: después de dos años de guerra, se abría paso la convicción de que no les era posible vencer a los soldados de Franco. Modesto, para evitar las deserciones, que alcanzaban cifras alarmantes, decidió aplicar muy duras medidas disciplinarias; se han podido comprobar documentalmente muchas ejecuciones sumarias en estos días. Gandesa estaba arrasada: muchos vecinos habían huido ya el día 25; otros, que se emplearon en trabajos de fortificación, fueron más tarde evacuados; pero algunos viejos se negaron a abandonar las ruinas de sus casas y permanecieron hasta el final.

II. EL ESTANCAMIENTO.

1. Los objetivos mínimos fijados por Vicente Rojo se habían conseguido: la ofensiva sobre Valencia estaba detenida y se había creado, en el Ebro, una sólida cabeza de puente de 25 kilómetros de profundidad por 28 de anchura, o algo más. Pero no había posibilidad de seguir adelante. En la retaguardia nacional hubo evidente decepción; no concluía la guerra, como se esperara y existía el temor a una recuperación del potencial adversario.[5] Los testigos que vieron al Generalísimo en aquellos días insisten en decir que se mantuvo en todo momento sereno, y aunque se trata de recuerdos posteriores debe considerárselos como fidedignos, ya que no son desmentidos en ningún momento. En el parte del 26 de julio se reconoció que la penetración conseguida por el enemigo era considerable. Desde el 2 de agosto era conocida, en ambos bandos, el termino de la ofensiva. Ese día Franco había llegado al frente: llevaba un salacot para protegerse del sol que apretaba mucho, pero no había abandonado el uniforme con fajín. Aunque resultaba muy peligroso estar allí, por los ataques aéreos y el intenso fuego, permaneció mucho tiempo examinando las posiciones con detenimiento. Había llegado el momento de tomar una decisión: se podían aceptar las líneas nuevamente establecidas llevando la ofensiva a otra parte o emprender allí mismo una gran batalla de desgaste.

Fue en este momento cuando tomó la decisión que muchos posteriormente le criticarían. Iba a aniquilar al enemigo precisamente allí, liquidando la guerra en una operación resolutiva.[6] Decidió comenzar destruyendo la cabeza de puente pequeña de Fayón Mequinenza: la orden se cursó el 5 de agosto y fue cumplida con gran energía al día siguiente. Las fuerzas republicanas se desbandaron repasando el río de modo que el día 7 la bolsa había dejado de existir. Esta relativa facilidad contribuyó a difundir la falsa idea de que la operación que se proyectaba sería culminada en plazo más breve del que más adelante se necesitó.

Se habían previsto dos operaciones casi sucesivas, la primera para ocupar la sierra de Pandols y la segunda siguiendo la línea Villalba-Fatarella-Flix para dividir el territorio enemigo. Pandols no es una cordillera sino una serie de cotas peladas, muy pedregosas y prácticamente sin agua, pues en toda la sierra sólo existía una fuente. Alonso Vega había conseguido detener el avance de Líster, cubriendo los pueblos de Prat y Bot, que debían servirle ahora como base de partida, pero el famoso jefe comunista consiguió fortificarse eficazmente. La orden de ataque comenzó a ejecutarse el

10 de agosto y durante nueve días se lucho ferozmente, con muchas bajas por ambas partes. El 17 de agosto los nacionales dominaban el barranco del Canaletas pero después, aunque los combates siguieron hasta el 30 de agosto se vieron detenidos. La resistencia republicana había sido admirable. Las bajas también: la cifra que registran los estadillos nacionales es de 2.582 hombres entre muertos y heridos. La batalla de Pandols puede considerarse en cierto modo como un fracaso, pero incidió en pérdida de la moral.

Frente a Yagüe en Fatarella estaba Tagüeña. Toda la artillería del CTV fue enviada a este frente para apoyar las fuerzas que iban a desencadenar el ataque. Todo el sistema defensivo republicano se apoyaba en la cota 481, convertida por Tagüeña en un fortín que se denominó «Targa», cuya posesión era imprescindible para las comunicaciones entre Villalba y Fatarella. Fue tomada el 20 de agosto por medio de fortísimos combates. El 22 de agosto los nacionales alcanzaron el llamado vértice Gaeta, donde tuvieron que soportar un contraataque. Luego, el avance cesó. Desde el 26 de agosto podía decirse que la batalla se había estancado de nuevo. El optimismo de algunos meses antes desapareció. Parece que en la retaguardia republicana las cosas iban peor y los fuertes castigos que se estaban produciendo aumentaban la conciencia de que se estaba en vísperas de un desastre.

Franco estaba firmemente decidido. Abandonó Burgos para instalarse en un campo improvisado, a tres kilómetros de Alcañiz en la carretera de Caspe; compartía este puesto de mando con Dávila y Yagüe. A él llegaron las noticias del agravamiento de la crisis a causa de la cuestión sudete; y desde aquel puesto de mando tomaría una de las decisiones más trascendentales de su existencia.

2. Mientras se libraba la sangrienta batalla, continuaban las tareas normales de Gobierno, como si el resultado fuese ya irreversible, y la construcción del nuevo Estado lo más importante. Eran anuncio de una paz que no podía tardar. Se iniciaron entonces las obras para transformar el puerto de Pasajes, una vieja aspiración guipuzcoana. Fue reorganizado el Instituto Nacional de Previsión, primer paso hacia el establecimiento de un sistema de seguridad social. Apareció un Instituto Social de la Marina, de nuevo cuño, que debía encargarse de canalizar ayudas para los pescadores facilitándoles el acceso a los instrumentos propios de su oficio. Se introdujeron subsidios familiares para los trabajadores. Como la cosecha había sido mala, y las necesidades crecían, al «liberarse» nuevas poblaciones, el Gobierno autorizó un aumento del 5% en el precio del trigo. El 13 de agosto se dio cuenta de las primeras acciones eficaces en la lucha contra la tuberculosis: en lugar de las 2.500 camas existentes en 1936 se contaba ahora con 8.834. Años más tarde, el Régimen se congratularía de haber conseguido la práctica erradicación de esta enfermedad que tanto padeciera la población española.

El 27 de agosto de 1938 el Tribunal Supremo quedó restablecido bajo la presidencia de don Felipe Clemente de Diego, cuyo prestigio como jurista era universalmente aceptado. De los veinte magistrados que lo componían trece ya lo eran antes de la guerra; otros permanecían aún en zona roja y no podían por esta causa reincorporarse. Por eso se presentaba como restablecimiento de una Institución, no como creación «ex novo».

El 20 de setiembre, justamente a tiempo para que pudiera aplicarse en el curso

que unas semanas más tarde iba a comenzar, fue promulgada la ley de reforma del Bachillerato, obra de Pedro Sainz Rodríguez y José Pemartín. Como recordaría en su exposición de motivos, la ley se insertaba dentro del programa de recristianización, ya que los males de España se atribuían a la pérdida de identidad religiosa. Sainz Rodríguez, que abusaba un poco de los uniformes falangistas y de referencias elogiosas al sistema italiano, era monárquico y, lo mismo que Pemartín, nada totalitario en el sentido corriente del vocablo: ponía su programa en relación con el pensamiento de Menéndez y Pelayo. En adelante, el Bachillerato, definido especialmente como propedéutico a la Universidad, se compondría de siete cursos compuestos a base de otras tantas disciplinas fundamentales –es inevitable el recuerdo a la clásica suma de trivium y quatrivium– que deberían desarrollarse en forma cíclica. Su orientación daba a las Humanidades un predominio completo. También se buscaba dar satisfacción a la Iglesia al disminuir los controles gubernamentales sobre sus centros de enseñanza.

Los autores del Plan –no debemos entrar aquí en juicios de valor respecto a su acierto o error– aspiraban a lograr un Bachillerato formativo, que preparase hombres maduros y no técnicos al servicio de la Economía o de la Industria: idiomas clásicos y modernos, lengua española y literatura, matemáticas, ciencias naturales, historia y filosofía, eran los ejes fundamentales. Se añadía un tratamiento de la Religión católica en su contenido doctrinal –dogma, moral, apologética, historia– que permitiese a los españoles conocerla y, en su caso, defenderla. La disciplina de Religión tendría el mismo tratamiento y rango docente que las demás.

Por otra parte se destruía el monopolio que desde la Ley Moyano se venía reconociendo a los Institutos nacionales, propiedad del Estado, favoreciendo una iniciativa privada que, en más del 90% de los casos, iba a ser ejercida por la Iglesia a través de Órdenes, Congregaciones e Institutos religiosos. Había exceso de improvisación, ya que en algunos casos bastaban un solo licenciado para asegurar el paso de los alumnos de un curso a otro. La verdadera prueba a que iban a ser sometidos los alumnos se situaba al final de la carrera, mediante un complejo «examen de Estado» que realizaría la Universidad y que era equivalente al ingreso en la enseñanza superior, que, por ahora, se reservaba todavía el propio Estado. Los críticos del sistema alegaron luego que no se trataba de permitir que la Iglesia operara con libertad, sino que se reclamaba de ella el decisivo servicio de hacer nuevamente de España una nación católica.[7]

3. Fracasadas las dos operaciones laterales –o al menos detenidas en su avance– Franco decidió el 31 de agosto pasar a la ruptura del frente enemigo por el centro hasta alcanzar la Venta de Camposines. Pero este centro era una hondonada batida por el fuego enemigo. La División 1 de Navarra, una de las más prestigiosas, fue llevada al frente. Venciendo una resistencia durísima y muy valerosa, se produjo la ruptura; el 3 de setiembre fue tomado el Puig de Aliaga y el 4 Corbera, aflojándose de este modo el dogal que, desde hacía cinco semanas, ahogaba Gandesa. Cuando se trato de subir la sierra de Caballs desde este otro sector, de nuevo la resistencia se hizo durísima y el avance fue detenido los días 10 y 11 de setiembre. Afluían refuerzos y pertrechos desde el otro lado del río. Sin embargo, en los partes que conocía el Cuartel General, había ya una señal de cambio: la fuerza del enemigo se estaba

agotando y aumentaba el número de fugitivos y de prisioneros que se entregaban sin resistencia. La batalla comenzaba su inflexión.

Mientras las sombras de Munich se extienden sobre Europa, Franco vivía la angustia de esta pugna en que, como luego se reconoció sin duda, resultaba difícil decidir cuál de los dos bandos era más valiente y duro en la pelea. Tenemos que recurrir a la amenaza internacional –una guerra europea podía englobar el conflicto español– para comprender la orden que dictó Franco el 16 de setiembre: tomar a toda costa la Venta de Camposines, porque era el nudo de comunicaciones del que dependían todas las posibilidades del enemigo. Y así entre los días 18 y 24 de setiembre, se luchó con sangre, denuedo y desesperación. Vinieron las lluvias a suspender el ataque, pero de nuevo se reanudó el 1 de octubre. El 12 de este mes pudo al fin anunciarse que estaba conseguido el sangriento despojo: los nacionales tomaron la cota 484 que cortaba la carretera de Fatarella y entraron en la Venta de Camposines, quiero decir en las escasas ruinas descarnadas que señalaban este lugar. El Ejército republicano no podía más.

En medio de todo esto, un alivio: pese a los temores que se abrigaran era evidente que lo que estaba sucediendo en el Ebro no había sido tenido finalmente en cuenta en la conferencia de Munich.

III. LA CRISIS SUDETE.

1. Lo más peligroso, en estas circunstancias, eran las tensiones que se estaban produciendo con sus aliados suministradores de los que evidentemente dependía: a principios de agosto Bernhardt recibió un pedido urgente de obuses del 88, porque se habían agotado; también faltaban repuestos para que los aviones siguiesen en activo.[8] El estancamiento de las operaciones en el mes de agosto causó muy mala impresión a los alemanes y, según el testimonio de Ciano, Mussolini dijo en cierta ocasión que Franco iba a ser derrotado.[9] Fue sin duda para este último un apoyo moral importante la carta que el general Kindelán le envió el 16 de agosto, compartiendo en todo sus puntos de vista.[10] En todo momento pesaban sobre él, además, dos preocupaciones: una intervención «preventiva» francesa de Cataluña, como ya se había discutido en el Consejo Superior de la Defensa, y una acción subversiva en Marruecos, organizada desde Tánger, que diese asimismo pretexto a Francia para entrar en la Zona española, generando un conflicto.[11] Los militares españoles descubrieron que algunas de las armas capturadas al enemigo en las operaciones del Ebro eran de fabricación alemana.

Coincidiendo con la segunda fase de la batalla, se hizo la entrega de la nota española de requerimiento británico: Franco estaba dispuesto a la retirada de voluntarios, en la forma prevista, siempre que esto supusiera su reconocimiento como beligerante.[12] Coincidía en esto con ciertos informes recogidos de boca de uno de los oficiales de la Legión Cóndor: después de la batalla del Ebro ésta se retiraría y, de momento, no había peligro de guerra porque Alemania carecía de materias primas y de víveres.[13] En esto se equivocaba. Desde el 21 de abril, Adolf Hitler, que estaba empleando al jefe de los sudetes nazis, Konrad Henlein, como provocador de conflicto, estaba preparando una agresión armada contra Checoslovaquia para la que,

con gran susto de sus generales, no tardó en señalar la fecha: 1 de octubre de 1938, como límite máximo.

Nadie dudaba de que Europa se aproximaba peligrosamente a una nueva guerra. Antes del 8 de setiembre, Jordana habló con Heberlein en San Sebastián, expresando sus temores para que éste los pusiera en conocimiento de sus superiores. La noticia de que el ex ministro francés Pierre Cot estuviese en aquellos momentos en Praga, llenaba de temor a los españoles que habían dispuesto obras de fortificación en Marruecos y en su frontera pirenaica. Jordana estaba convencido de que al menor incidente la República española declararía la guerra a Alemania contando con la intervención aliada y soviética; por eso confiaba en «la firme política de paz del Führer» que sabría evitar tal peligro.[14]

En los días siguientes esta confianza ya no fue expresada. Tampoco había mucha, en alemanes e italianos, acerca de la capacidad de Franco para resolver el conflicto del Ebro. Dentro del mes de agosto Mario Berti había informado directamente a Mussolini del desgaste que había padecido el CTV –la infantería, cuando menos, estaba necesitada de un relevo parcial– y recibió del Duce la orden de plantear esta alternativa: la evacuación de las fuerzas ya gastadas, a la que seguirían otras operaciones semejantes hasta completar la retirada, o enviar a la Península nuevas Divisiones, capaces de acabar la guerra enmendando los yerros. La respuesta de Franco, que, como dijimos, había entregado al Gobierno británico en torno al 11 de agosto una nota aceptando la retirada, fue muy clara: prefería la evacuación. En consecuencia Mussolini ordenó a Berti que redujera las Divisiones Littorio y XXIII de marzo a una sola, enviando a casa los 10 o 15.000 hombres del primer cupo, es decir, la tercera parte del total de los existentes, si los cálculos alemanes son correctos. Viola emprendió inmediatamente negociaciones con las autoridades españolas: el 22 de setiembre de 1938 ya había un acuerdo para la completa disolución del CTV italiano.[15]

En sus declaraciones a la Agencia Havas, el 27 de agosto, Franco expresó con bastante claridad sus temores: una guerra general en Europa era la única esperanza que aún quedaba a los rojos de evitar un desastre, ya sin paliativos posibles. Pero Hitler había escogido bien el lugar donde esperaba asestar el próximo golpe y no pensaba en absoluto demorarlo; Checoslovaquia, como en nuestros días ha quedado perfectamente demostrado en circunstancias no muy diferentes –el desplome del Imperio soviético–, era una creación artificial, suma de minorías y resultaba difícil negar a los habitantes de territorios que se sentían alemanes el derecho a incorporarse al Reich. Este argumento hizo mella en la opinión pública británica, debilitando la postura de su propio Gobierno en el momento de enfrentarse con la que era ya amenaza de agresión. Los «nacionales», que veían en Chamberlain una inclinación favorable, materializada en aquellos días de agosto bajo la forma de intercambio de prisioneros a través de sir Philipp Chetwode, no podían disimular su inquietud ante los planes de Hitler

2. Existen puntos oscuros en las negociaciones que tuvieron lugar en el mes de setiembre; seguramente no serán nunca aclarados. La Sociedad de Naciones celebró en esa fecha la última de sus Asambleas Generales; ante ella Álvarez del Vayo y Negrín plantearon una vez más la cuestión española, con inclinación ya decidida a que la

mediación de las grandes potencias permitiera llegar a la paz negociada. El 8 de setiembre, en un bosque de las afueras de Zurich, Negrín se entrevistó con un representante de Hitler y no obtuvo impresiones muy desfavorables.[16] Es imposible conocer hasta qué punto había en el Cuartel General de Salamanca alguna noticia de estas conversaciones, pero la documentación nos informa de que de una posible negociación trató Stohrer en una de sus entrevistas con el Generalísimo antes del 19 de setiembre.[17] El día 12, con su discurso ante la muchedumbre concentrada en Nürenberg, el Führer había planteado la cuestión sudete en términos de ultimátum: una noticia para la primera página de todos los periódicos. «Justicia para los sudetes», era ahora el lema. Una misión militar española estaba por estos días en Prusia Oriental: se la había invitado a presenciar las maniobras de las nuevas unidades de la Wehrmacht, aquellas que garantizaban la victoria.

Apenas vuelto de Alemania, Stohrer fue convocado por Jordana a Burgos. El oficial de enlace del Cuartel General –escribió el embajador– «oculta mal su descontento hacia nosotros porque al escoger la fecha para resolver la cuestión sudete, no parecemos tener ninguna consideración por la causa nacionalista». El ministro puso en conocimiento del embajador sus noticias: la publicidad que se estaba dando a los proyectos franceses de actuar en Cataluña y en Marruecos, se interpretaba como un medio de ejercer presión para lograr la neutralidad española.[18] A renglón seguido, Stohrer informó desde San Sebastián: fracasadas las dos ofensivas, en el Ebro y en Almadén, el bando nacional estaba profundamente debilitado; había fuertes tensiones entre los generales y una declarada oposición a Serrano Suñer.

Jordana no estaba hablando sobre suposiciones: antes del 17 de setiembre, a través del cónsul francés en San Sebastián, interlocutor ordinario, había recibido la confidencia de que cualquier declaración española hacia la neutralidad, sería confirmada en reciprocidad por Francia. Inmediatamente se pasaron instrucciones a la Prensa: tenían que ser exaltadas las virtudes de mister Chamberlain, su servicio a la paz, estableciendo también una clara diferencia entre la noble nación francesa y el lamentable Gobierno del Frente Popular.

Como respuesta al discurso del 12 de septiembre, Daladier y Chamberlain decidieron que había que entrar en inmediato contacto con Hitler. Éste recibió al premier británico primero en Berchtesgaden (15 de setiembre) y luego en Bad Godesberg, imponiendo su voluntad y manejando ya una fecha límite, 1 de octubre. Los británicos se mostraron de acuerdo con Francia en que había que obligar al Gobierno checo a ceder ante las presiones de Hitler. Éste no se conformó con concesiones a medias: alegando que los checos procedían a movilizaciones exigió una capitulación completa. No ocultaba a sus colaboradores que quería destruir por entero Checoslovaquia. A sus interlocutores dijo que era el «último gran problema a resolver» y que no presentaría ninguna otra reivindicación, pero también que estaba dispuesto a la guerra si no se le daba alternativa.[19] El 18 de setiembre Daladier y Bonnet se trasladaron a Londres y concordaron con Chamberlain, Halifax, Simon y Samuel Hoare en admitir las exigencias otorgando a los sudetes derecho a la autodeterminación. Ésta fue la propuesta que aceptaron los Gobiernos francés y británico el 19 de septiembre de 1938.

Fue en este momento (20 de setiembre) cuando Franco, en un Consejo de Ministros, expresó el temor de que en Godesberg se hubiera tratado de un arreglo

general de cuestiones europeas, incluyendo el conflicto español, pues la concesión lógica de Hitler a Chamberlain podía ser la paz negociada en la Península que éste venía reclamando. En el Cuartel General se temió que Hitler hubiera sacrificado a sus amigos de España en el envite del territorio sudete. Bonnet tomó entonces una decisión singular, la de pedir al representante oficioso del Gobierno de Franco, José María Quiñones de León, que acudiera al Quai d´Orsay: allí le fue notificado que si llegaba a producirse una guerra entre Francia y Alemania, las Divisiones francesas se verían obligadas a tomar posesión de Cataluña. Simultáneamente, en Londres, el Foreign Office, comunicaba al duque de Alba la misma resolución, pero añadiendo en este caso un apéndice: nada de esto sucedería en el caso de que España hiciese una declaración seria de neutralidad.

3. La decisión fue tomada antes del 26 de setiembre. Franco se hallaba en su puesto de mando del Coll del Moro, cuando el teniente coronel José Ungría, jefe del Servicio de Información Militar que, como más adelante tendremos ocasión de comprobar, mantenía relaciones directas con sus colegas del II Bureau francés, vino a entregarle una carta del general Gamelin, jefe supremo del Ejército de la vecina República: si se hacía en aquel momento una solemne y segura declaración de neutralidad, España sería dejada al margen del conflicto. En la práctica, ya no había temores, porque la capitulación franco-británica abría camino de negociación. Franco decidió responder afirmativamente.[20] Bueno será recordar aquí que, cualesquiera que fuesen las tentaciones que algunos historiadores se creen en el deber de atribuirle, el Generalísimo español observó siempre neutralidad respecto a Inglaterra y Francia; no así en relación con la URSS.

En setiembre de 1938 Nicolás Franco visito a Salazar en su finca privada de Caramulo para garantizarle la neutralidad española en el conflicto que parecía inminente e insinuarle la conveniencia para ambos países de llegar a un pacto de no agresión. Fue idéntico el tema de conversación entre Jordana y Teotonio Pereira a los pocos días. Salazar da cuenta de estos contactos en Londres porque no quería suscitar sospechas del Foreign Office, de modo que el Gobierno británico estaba perfectamente informado de las intenciones españolas. Otra cosa es que creyera en ellas: Monteiro recogió ciertas suspicacias pues los ingleses temían que este pacto hispano-portugués fuese un medio de dejar las manos libres a España para atacar a Francia.[21]

El 26 de septiembre, mientras Halifax daba una nota a la prensa advirtiendo que cualquier ataque militar contra Checoslovaquia obligaría a Francia a intervenir, en cuyo caso el Reino Unido la apoyaría con todas sus fuerzas, el embajador español en Berlín, marqués de Magaz, acudía a la Wilhelmstrasse para notificar oficialmente las seguridades de neutralidad absoluta que se habían dado ya en París y Londres,[22] garantizando que nada de esto podía interpretarse como desvío de la amistad con Alemania. Al día siguiente Jordana recibió por separado a los dos embajadores, Stohrer y Viola, y les explicó que no se trataba de una iniciativa española y que Franco, aun sintiéndolo mucho, no había tenido otro remedio que dar las seguridades que se le pedían; esto no significaba que dejaran de cumplirse las obligaciones de benevolencia hacia Alemania que los acuerdos señalaban. Stohrer telegrafió a su Gobierno: «tengo la impresión de que Franco se ha comprometido ya mucho en la vía de la neutralidad».[23]

En aquellos momentos, el III Reich no estaba interesado en una participación activa de España en la eventual guerra inmediata. Por eso acogió con bastante tranquilidad esta declaración. Pero en la Wilhelmstrasse dijeron claramente a Magaz que, a cambio de la ayuda prestada y de la aceptación de este nuevo compromiso de neutralidad, esperaban compensaciones económicas. De momento no especificaron a qué se referían, pero las negociaciones emprendidas en los meses siguientes, permiten alguna aclaración: se trataba de consolidar la deuda contraída, en forma que Alemania pudiera disponer de una cuenta en pesetas regularmente pagadas y de aumentar la parte del capital alemán en algunas empresas mineras. Nunca consiguieron los alemanes ver satisfechas del todo sus demandas. Goering, el menos conforme de los jerarcas del Partido con la actitud española, encargó a Johannes Bernhardt que hiciera presente a Franco la necesidad de mostrarse más enérgico de palabra y de obra y, también, de dar a Falange el protagonismo político que le regateaba.[24]

Sentó muy mal en Roma la declaración de neutralidad, hasta tal punto que se pretendio que la retirada de los 10.000 voluntarios, anunciada en coincidencia con la declaración de Negrín de disolución de las Brigadas Internacionales, pareciese una iniciativa suya. Los resultados de la conferencia de Munich fueron tan satisfactorios para los italianos que no tardó Mussolini en calmarse. El 9 de octubre Ciano comunicó al embajador español que ningún proyecto de paz negociada o de mediación se había tenido en cuenta. Cuando Eduardo Aunós llegó a Roma, como nuevo embajador, llevaba una carta halagadora para el Duce; es sin embargo significativo que las palabras escogidas –la «energía» y «templanza» del Duce, en su «acción moderadora» habían permitido salvaguardar la paz [25]– reflejan bien el ánimo de Franco; no quería hablar de guerra sino de paz.

4. Se trata, pues, de una noticia absolutamente segura, la de que el conde de Jordana o Franco, probablemente ambos, encomendaron al duque de Alba que, al dar a Halifax garantías completas de neutralidad, aprovechase la oportunidad para intensificar las negociaciones con el Reino Unido. Pasado el 29 de setiembre, el Gobierno británico advertiría al representante español que la presencia de alemanes e italianos no parecía congruente con la declaración de neutralidad; su retirada sí parecía garantizarla. El 2 de octubre Jordana telegrafió a Alba que debía comunicar al Gobierno de Londres que su neutralidad benevolente en el conflicto interno español era muy apreciada, pero que en cambio no podía decirse lo mismo del francés, que se había mostrado hostil durante toda la contienda. A pesar de esto se hallaba dispuesto a confirmar y robustecer la declaración de neutralidad sin pedir a Francia ninguna clase de garantías y sí, solamente, otra declaración recíproca. Cuando Alba insistió el 5 de octubre sobre la retirada de voluntarios, Jordana pudo responder que en todo estaba de acuerdo y que los primeros diez mil ya se estaban embarcando en Cádiz. A éstos seguirían en breve plazo todos los demás.[26]

De modo que entre los muchos papeles e informes que Chamberlain y Daladier llevaron consigo a Munich figuraban estos compromisos españoles de neutralidad. Los aliados, por esta vez, habían decidido ensayar el procedimiento de las concesiones: satisfacer los apetitos de Hitler con la entrega del país de los sudetes y salvar de este modo la paz. A la nota de Halifax del 26 de setiembre, Hitler había respondido el 27 con un exabrupto: «si Francia e Inglaterra quieren atacar, que lo hagan.

No me importa nada. Hoy es martes. Quiere decir que el próximo lunes estaremos en guerra». Sin embargo aquella misma noche el Führer envió a Chamberlain un telegrama descargando sobre el Gobierno de Praga la responsabilidad de la tensión. Si todos estaban de acuerdo en que los sudetes son alemanes, carecía de sentido provocar un conflicto general por esta causa. Fue entonces cuando el premier británico pidió a Mussolini, que seguía siendo jefe de un país «aliado» la intervención mediadora.

El miercoles 28 de setiembre de 1938 se vivieron en Europa horas tensas, muy tensas. Franco convocó a sus ministros para una reunión en Burgos coincidiendo con la entrevista planeada en Munich; mientras tanto sus servicios del Ministerio del Interior movilizaban a todos los intelectuales y eximios artistas de la zona nacional, incluyendo a Fernández Almagro, Jiménez Díaz, Rocasolano, Wenceslao Fernández Flores, Concha Espina, Zaragüeta, Eduardo Marquina, Barcia Trelles y Manuel de Falla,[27] en una campaña de artículos de prensa que rechazaban la posibilidad de resolver el conflicto español por medio de una paz negociada: los rojos debían capitular. Un catedrático de Filosofía, Manuel Cardenal Iracheta, huido en setiembre de la zona roja, comunicó a los oficiales del Cuartel General de Salamanca, que Segismundo Casado, sustituto de Miaja en el mando supremo de Madrid, no deseaba otra cosa que capitular.[28]

Mientras el Consejo de Ministros en Burgos deliberaba acerca de la situación en Europa, Hitler, Mussolini, Daladier y Chamberlain se reunían en Munich. En las calles de la ciudad, donde el premier británico fue aplaudido, pues era el hombre que venía a traer la paz, no se respiraba el clima de guerra que la propaganda nazi tratara de provocar. Aquella misma noche, con gran alivio de Franco, se dio la noticia de que se había alcanzado un acuerdo de paz. Chamberlain regresó a Londres manifestando un entusiasmo grande que los periódicos españoles se apresuraron a recoger. Las esperanzas de Negrín en el enlace entre esta y la otra guerra, se disiparon. Ahora todo estaba pendiente de lo que sucediera en el Ebro.

IV. LA VICTORIA EN EL EBRO.

1. Los combates en la cabeza de puente del Ebro seguían siendo durísimos y las pérdidas de ambos bandos muy elevadas, si bien no tanto como a veces se ha pretendido.[29] El mando nacional seguía aceptando el principio de que del dominio de la sierra de Caballs dependía en último término el resultado de la batalla, y los rojos no habían sido desalojados de ella. Sin embargo los ásperos combates arrojaban ya dos resultados favorables a los «nacionales»: disponían de posiciones elevadas en donde instalar la artillería que debía batir al enemigo, y éste se acercaba ya a un estado de agotamiento. Se ordenó a Miaja y al GERO que desencadenasen operaciones de divergencia para obligar al Cuartel General de Salamanca a suspender los combates en el Ebro, pero estos ataques, en dirección a Córdoba (22 de agosto) y en los frentes de Teruel y de Nules (octubre-noviembre de 1938) fracasaron, sin otra consecuencia que la de incrementar la desmoralización.

El Grupo de Ejércitos de la Región Oriental elaboró, el 20 de julio, un proyecto ambicioso: cruzar el Segre por dos puntos, la confluencia con el Farfalla y Villa-

nueva del Puente, eliminando así el poderoso saliente de Balaguer. La operación comenzó el 9 de agosto, pero el crecimiento inesperado del río dificultó el aprovisionamiento de quienes lo cruzaran; desde el día 10 los soldados del general Marzo actuaron en contraofensiva y, tras duros combates, obligaron a los republicanos a regresar a las bases de partida. Otro proyecto, la conquista de Serós, se ejecutó el 7 de noviembre; tampoco en esta ocasión pudieron los rojos retener el pueblo que conquistaran.[30] Un problema nuevo se planteaba ahora al general Rojo: prófugos, desertores y simpatizantes de Franco se reunían en zonas altas del interior de Cataluña formando partidas armadas: fue necesario enviar dos columnas a la sierra de Cambrils para combatirlas.

Todavía en los primeros días de octubre de 1938 los consejeros alemanes pensaban que Franco, atrapado en el Ebro, tenía un porvenir muy nebuloso e incierto.[31] De hecho es cierto que se producían discusiones en torno a si debía cambiarse la estrategia, fijando el frente y volviendo a la maniobra; en el Cuartel General de Salamanca se firmó el 2 de octubre una directiva de operaciones destinadas a cerrar Madrid con una tenaza confluyente sobre Colmenar Viejo. Pero el 18 de octubre Franco había tomado la decisión definitiva: se iba a romper por el Ebro. Aquel año se celebraba el segundo aniversario de «la exaltación a la Jefatura del Estado»; en los discursos que se pronunciaron ocupo lugar importante el rechazo a cualquier proyecto de paz negociada. Antonio Goicoechea, que podía considerarse entonces como cabeza del monarquismo alfonsino, llegó a decir que una Monarquía liberal, impuesta desde fuera e introducida mediante un pacto nunca sería aceptada por los verdaderos monárquicos.[32] En sus declaraciones a Reuter, el mismo día, 18 de octubre, en que firmaba la orden decisiva, el Generalísimo lo dijo: «no hay, no puede haber, otro final para la guerra que la entrega incondicional de los vencidos a la generosidad pródigamente demostrada de los vencedores». Capitulación sin condiciones como cinco años más tarde exigiría Churchill a los alemanes.

2. Reuniones muy tensas de los altos mandos nacionales tuvieron lugar en el frente los días 21 y 23. En la segunda Franco estuvo presente. Siguiendo lo que en él era ya una costumbre, había dejado a cada uno exponer sus opiniones –algunos lo hicieron con gran vehemencia– y, al final, hizo suya la de Juan Vigón que consistía en sustituir el ataque frontal por la maniobra de envolvimiento: por el flanco derecho, entre Fayón y Camposines para tomar la fatídica Venta mediante corte de sus comunicaciones; mientras tanto se atacaría por Pandols para evitar que el enemigo desplazase sus reservas. La clave de toda la operación estaba en la artillería: Carlos Martínez Campos dispondría de 500 cañones para arrasar las posiciones del adversario. Vuelto a Burgos, dijo a Stohrer que tranquilizase a sus jefes: en cuanto hubiera recibido el nuevo material que los créditos obtenidos por el ministro de Hacienda, José Larraz, permitían adquirir en Alemania, todo quedaría resuelto.[33]

Faltaban pocas horas para que se iniciase el bombardeo cuando pasaron a Franco una nota: al leerla, se demudó visiblemente. Comprendiendo la alarma que esto podría producir a quienes le rodeaban, explicó: «no es nada que afecte a las operaciones; se trata de mi hermano Ramón».

El héroe del Plus Ultra murió, en efecto, en accidente aéreo cuando volaba en

un hidro sobrecargado de bombas, en medio de una tormenta, en la madrugada del 28 de octubre de 1938.[34]

Los que desde posiciones avanzadas contemplaban el 30 de octubre el terrible bombardeo sobre las posiciones de la sierra de Caballs quedaron estremecidos: una espesa nube de humo ocultaba el horizonte. Las fortificaciones quedaron arrasadas y el número de víctimas fue muy elevado; en pocas horas los formidables puntos de apoyo, sucumbieron. Tres días después la resistencia del enemigo se desmoronó y las unidades nacionales alcanzaron el Ebro partiendo en dos la cabeza de puente. El 7 de noviembre, mientras cae Mora de Ebro en poder de Dávila, la aviación republicana realiza un ataque sobre Cabra causando 86 muertos y 116 heridos, una cifra bastante semejante a la de Guernica, si bien, en este caso, no hubo ninguna propaganda internacional porque las circunstancias eran distintas. La represalia egarense llegaba demasiado tarde, revelando por tanto su inutilidad. Juan Modesto intentó, llevando refuerzos, estabilizar la línea. Pero el 8 cayó la Venta de Camposines y el 14 cedieron las defensas de Fatarella. El 15 de noviembre el mando rojo se decidió a ordenar el repliegue sobre la orilla izquierda para salvar lo que se pudiera de aquel eficaz Ejército que el día de Santiago cruzara el Ebro; en un bote, remando, pasó Ernest Hemingway, devorando una amarga decepción, pues ahora, al fin, sabía por quién doblaban las campanas.

El embajador alemán, en sus preciosos informes, recoge una noticia de cuya autenticidad no es posible establecer comprobación. En el momento de la victoria, que ya no podía negar, pese a sus pesimistas previsiones anteriores, atribuyó a Franco una declaración a una agencia americana, en que afirmaba que había una lista de dos millones de rojos que tenían que ser castigados. Stohrer preguntó a Jordana, que se negó a responder, pero no negó que fueran a producirse represalias. No había, por tanto, inclinación a la amnistía.[35] Sin embargo este dato es contradictorio con las declaraciones del Generalísimo que conocemos, en que aludía únicamente al castigo de crímenes ordinarios, y con el dato oficialmente comunicado en setiembre: se habían hecho hasta entonces 210.000 prisioneros; de ellos 135.000 estaban en libertad sin cargos.

3. Todos los testigos están de acuerdo en considerar la batalla del Ebro como la más dura y terrible de la guerra. El propio Franco dijo de ella que había sido «la más áspera y, por decirlo así, la más fea». Como dato positivo debe añadirse que acreditó un valor en ambos bandos muy superior al que puede esperarse de los combatientes en cualquier guerra. No es fácil establecer el balance final de pérdidas, pero sí puede lograrse con suficiente aproximación. Una relación reservada, es decir, ajena a cualquier propaganda, informa de que se hicieron, en el conjunto de la batalla 19.452 prisioneros y se sepultaron 11.275 cadáveres republicanos abandonados en el campo. Si sumamos a éstos los heridos y desaparecidos en proporción normal, llegamos a la estimación que hace Martínez Bande, de unas 70.000 bajas. En cuanto a las pérdidas nacionales existen estadillos que suman 41.414 bajas, entre muertos, heridos y desaparecidos, pero como faltan los correspondientes a algunos días, no hay más remedio que elevar la cifra hasta 50 o 60.000. Todo lo que, fuera de esto, se ha dicho, corresponde a la propaganda o a la fantasía.

Con posterioridad a la gran batalla, escritores y comentaristas de ambos ban-

dos han formulado críticas muy serias. La cuestión se plantea, siempre, bajo esta pregunta: ¿fue necesaria? Y la respuesta tiene que hacerse en forma compleja, nunca escueta. El Gobierno de la República, y así lo proclamó Negrín, necesitaba una operación de gran envergadura si quería salvar a Valencia, pues las eficaces defensas establecidas para esta ciudad no podían resistir indefinidamente. Vicente Rojo respondió a tal demanda perfilando una operación que, no puede negarse, en sus preparativos y en su realización, fue absolutamente correcta, la mejor, sin duda, de todas las emprendidas por el Ejército Popular. Al éxito inicial contribuyó mucho la quiebra de las defensas nacionales, la 50 División, al revés de lo que sucediera en Brunete o en Teruel. Pero muy pronto, Dávila, con la participación decisiva de Yagüe, consiguió reaccionar deteniendo el avance enemigo y obligándole a fortificarse.

En esta situación, que es ya la de la segunda semana del mes de agosto, a los responsables de uno y otro bando se planteaba una disyuntiva. Franco podía fijar el frente y recurrir a la maniobra en otra parte, como Aranda recomendaba vivamente; pero es dudoso que, de hacerlo así, la debilitación de las líneas nacionales al trasladarse las reservas a otro lugar, evitase que los republicanos reanudasen la ofensiva con operaciones tan sangrientas como las que en realidad se produjeron. Juzgar cuál hubiera sido la decisión mejor es, para los historiadores, imposible: ignoran los términos de la alternativa. Franco decidió aceptar la batalla explicando enseguida que tenía allí lo mejor de las fuerzas enemigas, de modo que si las destruía habría liquidado la guerra, como así sucedió. Bastaron cuatro meses para derrumbar un territorio extenso con unidades, sobre el papel, muy considerables.

En el lado de enfrente cabe preguntarse por qué Rojo aceptó el reto, empeñándose en una batalla de desgaste que al final resultaría fatal. La única explicación es que tenía que ganar tiempo evitando que los nacionales emprendiesen operaciones más brillantes en otra zona, dando la sensación de que no podía ser vencido. En definitiva, estuvo sirviendo la política de Negrín que contaba con dos alternativas: el estallido de la guerra en Europa o la presión negociadora en el ámbito de un replanteamiento general de conflictos. A este respecto la Asamblea de la Sociedad de Naciones y la Conferencia de Munich fueron las últimas bazas. El documento que agitaba gozoso Mr. Chamberlain en el aeropuerto de Londres, suprimía sus últimas esperanzas.

Desde luego las aguas del Ebro no pasaron por Munich. ¿O sí?

alemana no permite dudar que el ministro y el Jefe de Estado pensaban de la misma manera.

23 Despacho Stohrer 19 mayo 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 548-551.

24 *Pensamiento Político*, I, p. 50. Las declaraciones en *Documentos*, I, pp. 184-186.

25 *Wilhelmstrasse*, III, pp. 540-548.

26 *Crónica de la Sección Femenina*, pp. 79-81.

27 Despacho Stohrer 5 junio 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 557-558.

28 Cuenta Ramón Serrano Suñer, *Entre Hendaya y Gibraltar*, p. 49, que por estos días Franco se hallaba sumamente irritado y que una vez, durante el almuerzo, dijo que prefería perder la guerra antes que ceder o hipotecar ni un ápice de la riqueza española.

29 *Wilhelmstrasse*, III, pp. 569-572. La cláusula de garantía en que confiaba el Gobierno español, podía ser burlada en opinión de Stohrer utilizando hombres de paja en los Consejos de Administración de las empresas que iban a constituirse al amparo de la ley. Cinco nuevas empresas mineras se registrarían en agosto de 1938 (*Wilhelmstrasse*, III, pp. 610-612); los alemanes no tardaron en descubrir que se les habían asignado concesiones poco rentables. A pesar de todo no debe olvidarse que, gracias a la Guerra Civil el III Reich poseería una fuerte implantación económica en España.

30 Instrucción de Weizsäcker el 20 de junio de 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 575-576.

31 J. Tusell, *Franco*, pp. 205-206. En estos momentos había escasa información en España respecto al régimen alemán. Por ejemplo en el informe que el teniente coronel enlace con el CTV entregó el 12 de junio, decía éste que los italianos poseían verdaderas Milicias del Partido mientras que en Alemania sólo dos Divisiones SS para guardia de Hitler.

32 Las instrucciones de 23 de junio en *Documentos*, I, p. 190.

33 Instrucciones desde Berlín 30 de junio de 1938. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 586-587.

34 Informe Stohrer de 1 de julio. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 588-591.

35 Conviene indicar que los puntos de Negrín fueron rechazados por la FAI porque los consideraba bases para una capitulación. J. Peirats, *La CNT en la guerra civil española*, III, Toulouse, 1953, pp. 118-119.

36 Despachos e instrucciones de 13, 21 de julio y 11 de agosto en *Wilhelmstrasse*, III, pp. 601-602 y 607-609.

Notas al Capítulo 33.

1 Las tres obras fundamentales son: R. Salas Larrazábal, *El Ejército Popular*, IV, p. 3.285 y ss.; J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, p. 61 y ss., y R. Casas de la Vega, «La batalla del Ebro», en *La guerra y la paz*, pp. 291-316. Esta última es anticipo de un estudio monumental monográfico todavía inédito.

2 M. Alonso Baquer, *La estrategia en la guerra de España*, pp. 239-241.

3 Este dato es corroborado por Vicente Rojo, *España heroica*, Buenos Aires, 1942, p. 169 y en general por todos los que escribieron desde su bando.

4 Azaña, *Obras Completas*, IV, p. 889, corrobora el dato. Sin embargo Antonio Cordón, *Trayectoria (recuerdos de un artillero)*, París, 1971, p. 425, explica que en estos mandos había un defecto insuperable. Se trataba de obreros convertidos en militares sólo después del 18 de julio.

5 La preocupación, sobre todo, nacía de las noticias de suministros. El 20 de agosto Martínez Anido notificó a Franco que un buque lituano con cañones antiaéreos suecos había llegado al puerto de Barcelona. En este momento, según otra nota, la Legión Cóndor estaba en condiciones muy precarias.

6 El planteamiento de la batalla del Ebro fue motivo de graves discordias entre los generales, la mayoría de los cuales, se mostró contraria a la decisión. Aranda, y luego Yagüe, fueron los que más se opusieron. Una noticia dada por Lojendio, que era portavoz del Cuartel General, nos informa de que en cierta ocasión el Generalísimo comentó: «no me comprenden, no me comprenden; en treinta y cinco kilómetros tengo encerrado lo mejor del ejército rojo» (R. de La Cierva, *Franco*, p. 244-245, quien además recoge otros testimonios

importantes como su conversación con don Manuel Aznar, bien que en 1971). Según el criterio de los críticos que comparten, entre nosotros, Salas Larrazábal y Alonso Baquer, el acierto hubiera sido fijar las posiciones y organizar una maniobra. Jorge Vigón, Kindelán y García Valiño, que compartieron y defendieron la postura de Franco, añaden dos argumentos: la propaganda que el enemigo había hecho de su operación le comprometía de tal manera que no podía dejar de emplear todas sus reservas en la defensa de la cabeza de puente de Gandesa, de modo que cuando ésta fuese eliminada, no le quedarían fuerzas para seguir combatiendo; ademas era preferible librar la gran batalla en lo que ya era prácticamente un desierto que consentir al enemigo plantearla en Tarragona o Barcelona donde se causarían daños sin cuento. Aunque la decisión de la batalla fue tomada por Franco, a quien correspondería hacerlo, el 2 de agosto, hay notas de Dávila corroboradas por Yagüe del día 1 proponiendo la contraofensiva para devolver al enemigo al punto de partida. Fue por consiguiente después del fracaso de la primera operación cuando las críticas se hicieron duras.

[7] La ley, que con los ligeros retoques, estuvo vigente durante muchos años, está publicada en el BOE, del 20 de setiembre de 1938. Se aplicó con excesiva precipitación comprometiendo así los resultados. Ni siquiera garantizó una especie de control de la Iglesia sobre la enseñanza ni que ésta, como más tarde pudo comprobarse, respondiese a las exigencias de la doctrina católica. En muchos casos se interfirieron los intereses administrativos de Ordenes y Congregaciones a lo que eran consignas y orientaciones de la jerarquía. Constituye uno de los argumentos a favor de la tesis que algunos autores sostienen de que Franco persiguió el establecimiento de un nacional-catolicismo.

[8] Nota de 14 de agosto. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 612-613.

[9] Según los alemanes en este momento seguían en España 40.075 italianos. Nota Stohrer. *Wilhelmstrasse*, III, p. 610-612.

[10] *Documentos*, I, pp. 193-198.

[11] Nota extensa del coronel Ungría, con noticias transmitidas desde Francia, 10 de noviembre de 1938. *Documentos*, I, pp. 215-217.

[12] *Wilhelmstrasse*, III, pp. 607-609.

[13] Nota de 19 de agosto, *Documentos*, I, pp. 199.

[14] Nota Heberlein de 8 de setiembre. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 614-616.

[15] Los diarios de Ciano –hasta donde son fiables– ya contienen errores mayúsculos y datos de gran fantasía –insisten en que durante el mes de agosto, Mussolini estuvo convencido de que Franco, siendo pésimo general, iba a perder la guerra. Por eso no se mostraba opuesto –tampoco los alemanes según datos de la correspondencia de Stohrer– a una negociación de paz como, según ambas potencias, Negrín estaba proponiendo. El acuerdo para la disolución del CTV antecede en una semana a la Conferencia de Munich. J. F. Coverdale, *op. cit.*, pp. 323-326.

[16] H. Thomas, *op. cit.*, p. 911.

[17] Informe Stohrer de 19 de setiembre. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 618-622.

[18] Informe de 16 de setiembre, *Wilhelmstrasse*, III, pp. 616-617.

[19] El pensamiento del premier británico y sus consejeros expuesto por K. Feiling, *Life o Neville Chamberlain*, Londres, 1946, p. 357 y ss.

[20] La llegada del Deutschland a Vigo colocó al Gobierno español en delicada situación se dio la impresión de que el gran puerto gallego iba a ser empleado como base de la Marina de guerra alemana. J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 326, cree que esto obligó a Franco a precipitar la declaración.

[21] Durante mucho tiempo en Gran Bretaña se atribuyeron a Franco intenciones belicistas, que no aparecen comprobadas en la documentación española ni confirmadas por los hechos, pero han pasado a los libros, en especial de autores extranjeros. Ver Franco Nogueira, *op. cit.*, III, pp. 175-176.

[22] W. von Oven, *op. cit.*, p. 486. Nota en *Wilhelmstrasse*, III, p. 626.

[23] Informe Stohrer de 28 de septiembre. *Wilhelmstrasse*, III, pp. 626-627.

[24] La nota de Bernhardt publicada en *Documentos*, I, p. 199; no hay constancia de que produjera respuesta por parte de Franco.

[25] J. Tusell y G. Queipo de Llano, *Franco y Mussolini*, p. 19; J. Tusell, *Franco*, pp. 212-21

[26] Franco los despidió oficialmente el 3 de octubre. Quedaban en este momento otros 12.000 voluntarios, a las órdenes de Gambara porque Mario Berti también se fue. J. F. Coverdale, *op. cit.*, p. 330.

[27] R. de La Cierva, *Franco*, p. 249.

[28] Declaraciones de 6 de noviembre de 1938 en *Documentos*, I, pp. 206-214.

[29] Según R. Salas, *op. cit.*, IV, p. 3.303, se produjeron 4.000 muertos, 38.000 heridos y 15.000 bajas por enfermedad; son menos que en Teruel o Brunete.

[30] J. M. Martínez Bande, *La batalla del Ebro*, pp. 273-293.

[31] Informe Stohrer de 2 de octubre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 629-631.

[32] Informe Stohrer de 19 de julio. Goicoechea añadió que ningún príncipe de la Casa Real se prestaría a esta infamia. *Wilhelmstrasse*, III, p. 642-647.

[33] Despacho Stohrer de 27 de octubre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 651-652.

[34] La muerte de Ramón Franco dio lugar a especulaciones fantásticas como es frecuente en tales casos. Fueron recogidas ya por R. de La Cierva en su *Francisco Franco* (2.ª ed., posterior a la muerte del Caudillo), IV, p. 60 y no es necesario repetirlas aquí. Carmen Díaz, *Mi vida con Ramón Franco*, Barcelona, 1981, y Ramón Garriga, *El hermano maldito*, Barcelona, 1978, han tratado de insistir en las malas relaciones entre Francisco y Ramón con claro intento de demostrar la mala voluntad del Generalísimo, en todo caso después de la muerte de éste. José Antonio Silva ha hecho un estudio técnico y no le cabe la menor duda de que fue accidental la muerte de Ramón y de sus cuatro acompañantes. También en el Mediterráneo se producen terribles borrascas algunas veces.

[35] Informe de 19 de noviembre. *Wilhelmstrasse*, III, p. 668-675.

Notas al Capítulo 34.

[1] Fueron descifradas las claves de 1938 y las de 1939 según nota fehaciente que se pasó a Franco.

[2] La cuestión de Marruecos preocupaba especialmente a Francia porque en relación con el ascenso de los totalitarismos en Europa, se estaba produciendo la reagrupación de nacionalistas marroquíes. Según los datos de Ungría el Gobierno de Negrín trataba de establecer contactos con ellos desde Tánger para crear un conflicto en la retaguardia a Franco. El 12 de noviembre un abogado de París, al que se identificaba como Mr. D, en relación con el Quai d'Orsay y con un comandante del Deuxieme Bureau, advirtió a Ungría que existía entre los franceses una gran preocupación porque la propaganda de Beigbeder estaba resultando sumamente eficaz. Debía por tanto advertirse al alto comisario que corría peligro de sufrir un accidente, valiéndose para ello de una de sus amantes, la señorita Fox, que pertenecía al Intelligence Service. Este nombre reaparecerá luego en otras circunstancias. Naturalmente los que proporcionaban la noticia querían también que el Gobierno español comunicase por la misma vía cuanto supiera de la agitación nacionalista marroquí. Los informes de Ungría de 10 y 12 de noviembre en *Documentos*, I, pp. 215-218.

[3] Desde el 14 de noviembre de 1938, Kindelán, que conocía bien las deficiencias y limitaciones de las fuerzas aéreas bajo su mando (en una nota del 17 de dicho mes llegaría a advertir que sólo había piezas de recambio para dos meses) comenzó a presionar para que se diese prioridad a Cataluña. Él consiguió que Franco cambiara los pedidos de compra en Italia a fin de que se diera prioridad a los antiaéreos, sacrificando otro material, y también que se rechazara la petición de Queipo de Llano para una dispersión de las fuerzas aéreas con objeto de proteger su Ejército del Sur. A mediados de noviembre todo estaba dispuesto: incluso se habían señalado en mapas los objetivos precisos de aviación en las ciudades. Kindelán recomendaba la concentración de todas sus fuerzas en un solo punto para abrir una brecha y completar la desmoralización del enemigo, destruyéndolo. Los despachos publicados en *Documentos*, I, pp. 224, 276 y 279.

[4] Resumen de datos en J. y R. Salas Larrazábal, *La guerra civil*, pp. 629-630.

[5] R. de La Cierva, *Franco*, p. 254, ha hecho un análisis de los datos proporcionados por Azaña, Vicente Rojo, Tagüeña y Líster. Son tan abundantes las diferencias entre las cifras